



Consagración Vicenciana en los Misioneros Paúles

Nélio Pita, C.M.

The Curia Generalizia of the CM, Rome, Italy

neliopita@gmail.com

Abstract:

The paper explores the concept of consecration in the context of Vincentian spirituality, emphasizing the missionary ethos of Vincent de Paul. Rooted in the historical backdrop of the Catholic Counter-Reformation, Vincent's approach diverged from traditional religious roles, presenting the priest as one "consecrated for mission," particularly among the poor. His consecration, shaped by personal transformation and dedication to service, laid the foundation for a new form of religious life focused on mission. The study examines the evolution of Vincentian consecration, detailing the Congregation of the Mission's commitment to preaching, instructing, and catechizing the rural poor. Consecration is presented as a dynamic and personal transformation aligning one's life with the mission of Christ. The vows of poverty, chastity, obedience, and stability are analyzed as central to Vincentian identity, embodying a commitment to mission as a life-long dedication to the evangelization of the marginalized, reflecting Vincent's legacy in contemporary missions.

Cet article explore le concept de consécration dans le contexte de la spiritualité vincentienne, en mettant l'accent sur l'éthique missionnaire de Vincent de Paul. Enracinée dans le contexte historique de la Contre-Réforme catholique, l'approche de Vincent divergeait des rôles religieux traditionnels, présentant le prêtre comme « consacré à la mission », en particulier parmi les pauvres. Sa consécration, façonnée par la transformation personnelle et le dévouement au service, a jeté les bases d'une nouvelle forme de vie religieuse axée sur la mission. L'étude examine l'évolution de la consécration vincentienne, en détaillant l'engagement de la Congrégation de la Mission à prêcher, instruire et catéchiser les pauvres des zones rurales. La consécration est présentée comme une transformation dynamique et personnelle qui aligne la vie d'une personne sur la mission du Christ. Les vœux de pauvreté, de chasteté, d'obéissance et de stabilité sont analysés comme étant au cœur de l'identité vincentienne, incarnant un engagement à la mission comme un dévouement de toute une vie à l'évangélisation des marginalisés, reflétant l'héritage de Vincent dans les missions contemporaines.

El artículo explora el concepto de consagración en el contexto de la espiritualidad vicenciana, haciendo hincapié en el ethos misionero de Vicente de Paúl. Enraizado en el trasfondo histórico de la Contrarreforma católica, el planteamiento de Vicente se apartaba de los roles religiosos tradicionales, presentando al sacerdote como un «consagrado para la misión», especialmente entre los pobres. Su consagración, moldeada por la transformación personal y la dedicación al servicio, sentó las bases de una nueva forma de vida religiosa centrada en la misión. El estudio examina la evolución de la consagración vicenciana, detallando el compromiso de la Congregación de la Misión con la predicación, la instrucción y la catequesis de los pobres de las zonas rurales. La consagración se presenta como una transformación dinámica y personal que alinea la propia vida con la misión de Cristo. Los votos de pobreza, castidad, obediencia y estabilidad se analizan como elementos centrales de la identidad vicenciana, encarnando el compromiso con la misión como



una dedicación de por vida a la evangelización de los marginados, reflejando el legado de Vicente en las misiones contemporáneas.

Keywords: misioneros, consagración, Vicente de Paúl, espiritualidad vicenciana

«Así es como hablan y como actúan las almas verdaderamente apostólicas que, **habiéndose consagrado plenamente a Dios**, desean que Nuestro Señor, su Hijo, sea conocido y servido igualmente por todas las naciones de la tierra por las que vino él mismo a este mundo, y están resueltos a trabajar y a morir por ellas, como él lo hizo. Hasta allí es hasta donde tiene que extenderse el celo de los misioneros...»
(SVP,VII, 285-286)

Introducción

Algunos acontecimientos en la historia han potenciado el surgimiento, en la Iglesia, de nuevos lenguajes, estructuras novedosas, formas de ser y estar que vuelven a proponer, de un modo creativo, el mensaje de siempre, el evangelio de Jesucristo. Estos tiempos evocan el concepto bíblico de *kairós*, el tiempo favorable, la tierra en la cual Dios nos concede la oportunidad para proceder a una justa afinación de la praxis religiosa a partir de criterios claramente evangélicos. El despertar del sentimiento religioso en el contexto de contra-reforma católica, en los siglos XVI y XVII, se traduce, entre otros aspectos, en el surgimiento de formas de vida consagrada que asumen un inequívoco sentido de misión. Vicente de Paúl, como veremos, se distingue entre ellos por su originalidad. Su perspectiva del sacerdote no solo se distancia de la visión del ministerio presentada por el pseudo Dionisio areopagita como «el hombre del culto» – una visión asumida y desarrollada por P. Bérulle, el maestro de la escuela de espiritualidad francesa de siglo XVII -, sino que también su propuesta como congregación no encaja en las estructuras existentes de consagración religiosa. En la línea de pensamiento de S. Agustín, para Vicente el sacerdote es el hombre que se «consagra para la misión», el nuevo apóstol que es enviado a todo el mundo para predicar la Buena Noticia¹. Por eso y como resultado de su experiencia personal, la congregación que va a fundar se caracteriza por su claro sentido de misión en tierras olvidadas, el lugar de los pobres.

Desde la perspectiva histórica y a través del análisis de los documentos del fundador, se pretende con este estudio profundizar en el tema de la consagración vicenciana en los misioneros paúles, un tema que ha sido estudiado, aunque indirectamente, por distintos especialistas. En primer lugar, desde la vertiente teológico-espiritual, se analiza de forma genérica el concepto de consagración. Después, nos detendremos en la consagración de Vicente y cual ha sido la modalidad que ha propuesto a sus misioneros. Y porque la consagración nos es cosa del pasado ni una realidad transitoria, terminamos este estudio con algunas notas que nos pueden ser útiles a la hora de substanciar la consagración vicenciana de nuestro ser misioneros paúles.

1. Consagración a Dios

El Espíritu Santo ha grabado en el corazón del hombre una sed de infinito y de plenitud que solo se satisface en el encuentro con Dios. Cuando, libre de las ataduras del mundo, el hombre se empeña en cumplir la divina voluntad según el ejemplo perfecto,

¹ Cf. MEZZADRI, Luigi, «Jésus-Christ, figure du Prêtre-missionnaire, dans l'œuvre de Monsieur Vincent». *Vincentiana*, 3-4 (1986), pp. 323-357.

Jesucristo, realiza el anhelo más profundo para el cual ha sido creado. La aventura humana se desdobra de muchos modos, pero, incluso cuando se distancia del creador, inconscientemente lo busca porque él se manifiesta de variadísimas formas.

La pluralidad de expresiones de vida consagrada existentes en la Iglesia son una respuesta contextualizada a la atracción divina. Disertando sobre los orígenes de la vida consagrada, José M. Castillo describe el despertar religioso, en los primeros siglos de la era cristiana, el movimiento de hombres y mujeres que, bajo el impulso de Espíritu Santo, abandonaron la convivencia con los demás y huyeron al desierto para allí comenzar un modelo alternativo de vivir la fe en Jesucristo. En la fase más primitiva, esta nueva forma de estar en el mundo no estaba preocupada en hacer cosas sino en ser, es decir: deseaban simplemente asumir el modo de ser de Jesucristo y, asumiéndolo, se volvían influyentes en el mundo y en la Iglesia².

Hoy como ayer, cada consagrado es un Sí a la llamada de Dios que lo ha convocado a actualizar en su tiempo y lugar los rasgos distintivos del Hijo, su modo de ser y actuar en el mundo. Jesús es el consagrado del Padre, el ungido, el Dios hecho hombre que camina, habla y actúa bajo la inspiración del Espíritu Santo. Él es el modelo, la forma a partir de la cual el consagrado con-forma y con-figura su modo de ser y estar. Como subraya Severino-M.^a Alonso, «Jesús vivió su consagración precisamente como Hijo de Dios: dependiendo del Padre, amándole sobre todas las cosas y entregado por entero a su voluntad»³.

Todos los bautizados son llamados a seguir e imitar teniendo el divino modelo delante de sí. Entre ellos y para el bien de todos - así lo ha entendido la tradición y lo confirman dos documentos de la Iglesia⁴ - algunos son llamados a seguir más de cerca y, por eso, emiten votos de pobreza, castidad y obediencia. Enraizada en la consagración bautismal, esta «consagración peculiar» por medio de la profesión de los Consejos Evangélicos es reconocida como un modo de vida «más perfecto». En todas las circunstancias, los miembros que hacen la especial consagración son llamados a ser signo para el mundo del primado de Dios y su vida es sinónimo de entrega total para realizar la divina voluntad donde sea.

En este sentido, no podemos olvidar que la vida consagrada es una profundización de la consagración bautismal. Él bautizado, llamado por Dios, se compromete con una real configuración con Cristo. Los especialistas suelen destacar un doble sentido de la palabra consagración, el activo y el pasivo. Por una parte, Dios es el sujeto que llama y consagra, es decir, que separa, reserva, escoge, santifica y configura al elegido con el divino modelo, Jesucristo y, por otra, es el hombre que, libre y conscientemente, acepta ser consagrado. Con su actitud de disponibilidad él se dispone a identificarse y asumir la misión para la cual ha sido llamado. Digamos en un lenguaje más Vicenciano que el llamado se vacía de sí mismo para llenarse del espíritu de Jesucristo. Su consagración a través de los votos es un paso decisivo en la identificación con Cristo, evangelizador de los pobres, y por medio de ella el misionero se compromete a usar de las mismas armas para combatir los tres grandes enemigos del Reino: la ambición del tener, la búsqueda del placer y el deseo de controlar a través del poder⁵.

² CASTILLO, J. M., *El futuro de la vida consagrada*. Madrid: Ed. Trotta, 2004.

³ ALONSO RODRÍGUEZ, Severino-María, Consagración, en *Diccionario Teológico de la Vida Consagrada*. Madrid: Publicaciones Claretianas, 1998, 3ª ed., p. 383.

⁴ Cf. Cf., por ejemplo, *Lumen Gentium*, n. 43 a 47; *Perfecta Caritatis y Vita Consagrada* de Juan Paulo II (1996).

⁵ Cf. RC, II, 18.

Este proceso supone una verdadera transformación interior y postula un cambio ontológico. La metamorfosis sagrada del ser exige total apertura a la gracia santificante para que la obra del consagrado sea un evidente reflejo del divino obrar. En resumen, digamos que el consagrado es un seguidor de Jesús que por la emisión de los CE procura «perpetuar en la iglesia, de modo sacramental (visible, verdadero y real) su misterio de anonadamiento, de consagración y de sacrificio total de sí mismo». El consagrado representa, o sea, hace de nuevo visiblemente presente a Cristo en la iglesia y para el mundo en estas tres dimensiones esenciales de su proyecto de vida⁶. El estado de consagrado implica asumir la forma de ser del Hijo, es decir, vivir «las virtudes que este Soberano Maestro se dignó enseñarnos con sus palabras y ejemplos»⁷. Sin este compromiso, personal y colectivo, para re-presentar el Misionero del Padre, nos convertimos en funcionarios más o menos especializados en un área, en una institución que, para las personas del mundo, se asemeja a una ONG.

2. La consagración a Dios por la misión en S. Vicente de Paúl.

El proyecto que S. Vicente propone a los hombres y mujeres no es resultado de un estudio teológico meticulosamente elaborado, ni resulta de un Ego ambicioso que compete con las figuras punteras de la iglesia de su tiempo como Bérulle o Francisco de Sales. Su propuesta nace de la experiencia. Así ha obrado el Hijo de Dios: «primero habló y después enseñó» (RC). El primer lugar es la historia, el acontecimiento. Después la reflexión, la búsqueda de sentido, la organización. En primer lugar, hay un hombre Vicente de Paul que, en sus humildes orígenes, desea escapar al curso común de los mortales. Estudia para tener un gran beneficio y, todavía muy joven, recibe las ordenes sagradas que lo habilitaban para ser ministro ordenado de la iglesia, el deseado status para lograr el beneficio social. Después vienen los largos años de mucha tribulación sobre los cuales, podemos decir hoy, que se enfrentan dos voluntades: la humana y la divina.

Un marco decisivo es el período entre 1610-1616. Durante estos años, la convergencia de experiencias fracasadas motiva su conversión a Dios. La acusación del robo y, sobre todo, la problemática en torno a la tentación contra la fe en contexto de ociosidad, según la descripción de Abelly, potencian un cambio total de perspectiva. Su modo de ser y estar en el mundo sufre una profunda alteración. Según el primer biógrafo, Vicente asume las tribulaciones del famoso doctor y solo de ellas se libra, alcanzando la serenidad cuando, bajo la inspiración de la gracia, asume la firme e irrevocable resolución de consagrar toda su vida, por amor a Jesucristo, al servicio de los pobres⁸.

A. Dodin destaca los efectos de esta consagración personal. Ella se va a caracterizar en un doble modo: 1. Una voluntad constante de darse a Dios para estar al servicio de las almas; 2. Estabilidad y equilibrio⁹. Vicente vivía atormentado por las dudas. Él será siempre un hombre naturalmente cauteloso pero la experiencia de libertad

⁶ ALONSO RODRÍGUEZ, S., o.c., p. 384.

⁷ RC, I, 1.

⁸ La narrativa de Abelly contiene una intencionalidad que difiere de la que atribuye San Vicente. El santo la presenta como una historia con intuito catequético y moralizante. Abelly, por su parte, la describe con un ejemplo de la madurez espiritual del santo. Cf. ABBELY, Luis, *Vida del venerable siervo de Dios, Vicente de Paúl, Fundador y primer superior general de la Congregación de la Misión, 1664*. Salamanca: CEME, 1994, p. 630; SVP, XI, 725-736.

⁹ DODIN, A., «Los votos en la espiritualidad vicenciana», en AA. VV., *Vicente de Paúl, pervivencia de un Fundador*. Salamanca: CEME, 1972, pp. 110-111.

interior que experimenta en el término de la prueba, y la decisión de consagrarse totalmente a Dios se convierte en un suelo estable sobre el cual camina confiado.

El año que sigue, 1617, le ofrece los dados que necesitaba para dar cuerpo a su consagración. Las experiencias fundantes de Folleville y Chatillon-le-Dombes serán maduradas en el corazón del santo para después ser compartidas por otros hombres y mujeres, los consagrados vicencianos. La consagración a Dios se concreta en su vida por medio del servicio a los pobres en las misiones. La promoción de los últimos y olvidados en la actividad misionera y caritativa ha sido la respuesta que el Espíritu Santo lo ha inspirado.

Digamos a modo de síntesis, que su consagración se traduce en la participación de modo afectivo y efectivo en la misión de Jesús. Su historia es una misión permanente porque, hasta el final, él asume siempre el liderazgo de las misiones incluso cuando la fragilidad física o los diversos quehaceres le impiden participar. Aún así, desde su habitación en París, sigue dando orientaciones a los misioneros en su labor en las zonas rurales en un rincón de Francia¹⁰. Otras veces, contra todas las expectativas, participa activamente lo que despierta la conmoción de las personas que lo aprecian mucho¹¹.

3. Consagración misionaria de la nueva Congregación

Nuestra comunidad de consagrados que hoy calificamos con el nombre de misioneros Paules y/o vicentinos es constituida por un conjunto de hombres que asumen una forma de vida peculiar dentro de la peculiaridad que es la consagración en general. Como hemos visto, esta especificidad ha sido suscitada en la Iglesia y en el mundo por el Espíritu Santo a través de S. Vicente. Toda la comunidad es heredera del patrimonio espiritual de su fundador y de él ha recibido un legado que conserva y actualiza como forma de mantener su identidad propia. A. Dodin señala muy adecuadamente que una determinada forma de vida consagrada debe su existencia al impulso creativo de su fundador y el cuerpo institucional lleva consigo las mismas inquietudes, los mismos anhelos que lo han motivado.¹² Para mejor comprensión de los datos de la actualidad - ¿Qué es eso de consagración vicenciana de los misioneros paúles? – intentemos sucintamente recordar algunas líneas con que se ha hecho la historia de CM y que aún definen nuestra fisonomía.

¹⁰ En una carta de 28 de noviembre de 1632 al Padre Portail, por ejemplo, Vicente se detiene a explicar la forma de ir a Joiny y cuáles deben ser los servicios de cada Padre en la Misión: «La orden que hemos dado es que el señor Pavillon tenga las predicaciones, y los padres Renar, Roche, Grenu y Sergis explicarán: el primero, el símbolo; el segundo, los mandamientos de Dios; el tercero, las oraciones dominical y angélica; y el (cuarto), los sacramentos; y para el catecismo pequeño, los padres Roche y Sergis deberán quedar libres del mismo, cuando prediquen el grande; y usted, padre, tenga cuidado de la dirección del equipo. Ruego a Nuestro Señor que les dé abundante parte en su espíritu y en su conducta». SVP, I, 229.

¹¹ Tenía ya unos 72 años y sigue participando en las misiones. La duquesa de Aiguillon comentaba: «No puedo menos de extrañarme mucho de que el padre Portail y los demás buenos padres de san Lázaro permitan que el padre Vicente vaya a trabajar al campo con el calor que hace, con los años que tiene y estando tanto tiempo al aire con este sol. Me parece que su vida es demasiado preciosa y útil para la iglesia y para su compañía para se le deje prodigarla de este modo». SVP, IV, 546, nota pie de página. Para una visión general sobre este tema, cf., por ejemplo, PUJO, Bernard, *Vincent de Paul, the trailblazer*. Notre Dame: University of Notre Dame Press, 2003, pp. 71-114.

¹² «Toda comunidad religiosa hace referencia y apela al espíritu de su fundador para conservarse y justificarse. De él es de quien ha recibido su fisonomía y incluso se esfuerza en no ser más que la prolongación de su carrera y el reflejo de su existencia santa. La institución, en su complejidad legislativa, ejecutiva, judicial, no tiene otra finalidad que hacer vivir el espíritu del fundador». DODIN, A., «Espíritu de San Vicente, espíritu de la misión», en AA. VV., *Vicente de Paúl, pervivencia de un fundador*. Salamanca: CEME, 1972, p. 80.

La evocación de algunas fechas y de ciertos documentos nos dan la posibilidad de acompañar el paso de una consagración personal, la del fundador, para la de un grupo, la congregación de la Misión.

3.1 De una pía asociación a la Congregación de la Misión

El contrato de fundación de la piadosa asociación firmado en 1625 por Vicente y los Gondi contiene las preocupaciones pastorales del fundador, las mismas que, salvo ligeras variaciones, se mantienen constantes y serán asumidas por los eclesiásticos que se agregarán a dicha asociación. El objetivo general es poner remedio al abandono espiritual del pobre pueblo del campo. La asociación debía estar formada por eclesiásticos de reconocida doctrina, piedad y capacidad, que renunciaban a las comodidades de las ciudades como a todos los beneficios, cargos y dignidades de la Iglesia para, con el beneplácito de los prelados, dedicarse por entero y exclusivamente a la salvación del pobre pueblo, «yendo de aldea en aldea a sus propias expensas, predicando, instruyendo, exhortando y catequizando a esas pobres gentes y moviéndolas a hacer una buena confesión general de toda su vida pasada»¹³. El citado texto ya contiene el tema que será el «guión principal» del proyecto de la compañía, lo mismo que ha sido de la consagración del santo. Los verbos «predicar, instruir, exhortar, catequizar» asociados a la promoción de la confesión general de los pobres aldeanos que «se condenan por no conocer las cosas necesarias para la salvación y confesarse»¹⁴ son, en sí mismos, una explicitación de la misión que define la consagración de los misioneros. Es significativo que los mismos verbos se evidencian en el acta de reconocimiento del arzobispo de París en 1626¹⁵. Dos años después, en junio de 1628, cuando Vicente escribe al Papa Urbano solicitando la aprobación de dicha asociación, los verbos reaparecen. Los eclesiásticos pertenecientes a la nueva sociedad son presentados como *Sacerdotes de la Misión* o *Misioneros* por su consagración total, bajo la dirección de Vicente de Paúl, a la salvación de las gentes del campo. Ellos están comprometidos en recorrer las aldeas, «predicando, exhortando, enseñando en público y en privado los misterios de la fe necesarios para la salvación que la mayoría ignoran por completo, disponiendo a los fieles a hacer una confesión general de toda su vida»¹⁶.

En el lento proceso de aprobación pontificia, la indefinición jurídica inicial da paso a la formación de una nueva realidad, canónicamente situada bajo el título de Congregación de la Misión. Ella se llamará «de la Misión» porque tuvo como finalidad originaria la evangelización de los pobres por medio de las misiones. Como ha subrayado I. Zedde, «la predicación de las misiones es la forma fundamental y predilecta de la asistencia a los pobres»¹⁷. Esta ha sido y sigue siendo su forma de consagración en la Iglesia. Eso nos recuerda el fundador, en 29 de octubre de 1638, algunos años después de la aprobación pontificia de la compañía, cuando en una de sus habituales sesiones de formación sobre la perseverancia en la vocación, comenta que ha sido Dios quien ha tenido la iniciativa de suscitar la Congregación: «Es Dios es el que nos ha llamado y el que desde toda la eternidad nos ha destinado para ser misioneros»¹⁸. Hay una clara consciencia de elección divina, de consagración para la misión y por eso, nada más que

¹³ Cf. SVP, X, 237-241.

¹⁴ SVP, I, 176.

¹⁵ Cf. SVP, X, 241-242.

¹⁶ SVP, I, 122.

¹⁷ ZEDDE, I., «Evangelización», en *Diccionario de Espiritualidad Vicenciana*. Salamanca: CEME, 1995, p. 236.

¹⁸ SVP, XI, 33.

la Misión es la razón de ser de su existencia. A semejanza del profeta Jeremías, él insistía que el nacimiento de la CM había sido querido por Dios desde el «vientre materno». Los misioneros han sido escogidos y consagrados para «perpetuar» y «actualizar» los gestos misericordiosos del Señor para con los más frágiles y débiles. Había otras comunidades misioneras, pero la novedad de la Congregación de la Misión se destacaba por su semejanza con el grupo de Jesús y los apóstoles: El sacerdote en la congregación es un nuevo apóstol que, desprendido de los vínculos del mundo, se consagra por entero al anuncio de Reino¹⁹. Por eso decía a sus misioneros que Dios había esperado mil seiscientos años para crear una comunidad que hiciera lo mismo que Cristo, ir de aldea en aldea, anunciando la Buena Noticia a los pobres²⁰. Una e otra vez repite la misma idea: «En esta vocación vivimos de modo muy conforme a nuestro Señor Jesucristo que, al parecer, cuando vino a este mundo, escogió como principal tarea la de asistir y cuidar a los pobres. *Misit me evangelizare pauperibus* (...). ¿No nos sentiremos felices nosotros por estar en la Misión con el mismo fin que comprometió a Dios a hacerse hombre? Y si se le preguntase a un misionero, ¿no sería para él un gran honor decir como nuestro Señor: *Misit me evangelizare pauperibus*? Yo estoy aquí para catequizar, instruir, confesar, asistir a los pobres. Y ¿qué es lo que supone esta forma de vivir como nuestro Señor, más que nuestra predestinación?»²¹.

4. Los votos, «una santa invención»

Como hemos visto, ha sido la profesión del voto de consagrarse totalmente a Dios para la evangelización de los pobres, en 1616, que ha rescatado a Vicente de la incertidumbre al mismo tiempo que ha proporcionado un sentido para su existencia como sacerdote de la Iglesia. Podemos deducir, por la lectura de los documentos de la época, que Vicente estaba dotado de una gran capacidad de envolver a otros hombres y mujeres para la misma causa. Desde luego, constatamos el número creciente de eclesiásticos que se asocian al santo para el proyecto de las misiones. A ellos Vicente les proponía, desde los primeros años, la consagración por medio de emisión de los votos en una modalidad que difería de la que profesaban las instituciones religiosas de su tiempo. Se trataba de votos de «devoción», es decir, de consagración, estrictamente privados, renovados cada año, «sin la reserva al papa o al general, y esto sin haber pedido permiso»²².

Vicente estaba determinado a que cada uno se asemejase con Jesucristo, el Misionero de Palestina, el enviado del Padre, la regla de la Misión y, por eso, el ideario de dicha Compañía contenía una llamada fuerte a que cada miembro trabajase por su propia perfección e imitase a Jesús asumiendo libremente sus rasgos fundamentales: su obediencia al Padre, su despojamiento total y su virginidad consagrada. Implícitamente esta finalidad estaba anexada a las modalidades de vida religiosa. Aludía a las órdenes canónicamente erigidas que, según la terminología de la época, vivían en «estado de

¹⁹ Cf. SVP, XI, 172.

²⁰ Cf. SVP, XI, 387.

²¹ SVP, XI, 33-34.

²² SVP, V, 299 y 434. Para el tema, seguimos en particular a ROMÁN FUENTES, José María, *San Vicente de Paúl: I Biografía*. Madrid: BAC, 1982, pp. 322-344; BRAGA, C., «Las Constituciones de la Congregación de la Misión. Notas históricas». *Vincentiana*, 4-5 (2000), pp. 291-308; LLORET, M., «Votos», en *Diccionario de Espiritualidad Vicenciana*. Salamanca: CEME, 1995, pp. 617-622; IDEM, «Consejos Evangélicos», en *Diccionario de Espiritualidad Vicenciana*. Salamanca: CEME, 1995, pp. 95-101; PÉREZ FLORES, M., *Revestirse del espíritu de Cristo. Expresión de la identidad vicenciana*. Salamanca: CEME, 1996, pp. 185-284.

perfección», es decir, profesaban votos públicos y solemnes de seguir e imitar en sus rasgos históricos.

Con la aprobación de la CM, en 1632, el fundador tiene el derecho de establecer las normas necesarias para regular aspectos de la actividad de la Compañía tales como la vida interna de la comunidad, el trabajo apostólico y la vida espiritual. En lo que se refiere a los votos, la práctica libre de la renovación anual es considerada cada vez más insuficiente para una estructura que necesitaba de estabilidad y un compromiso más firme por parte de sus miembros en su trabajo apostólico. Cuando las intenciones del fundador se vuelven más claras, dentro y fuera de la congregación, surgen voces en contra: los obispos y los párrocos lo miraban con desconfianza y algunos de los que habían entrado en la comunidad protestaban porque su entrada había sido hecha sin la perspectiva de los votos.

Vicente tenía conciencia que el estado religioso comprometía gravemente la naturaleza y los fines de la nueva compañía. Pero, como ha señalado R. Maloney, él quería «aprovechar la riqueza que le ofrecía la tradición, modelando un tipo de comunidad que combinaba la estabilidad de los monasterios, el ministerio profético de los mendicantes, y la contemplación activa de los Jesuitas»²³. En suma, quería lo mejor de dos mundos. Por otra parte, como hombre muy pragmático, su valoración de los votos era también una solución para el problema de falta de perseverancia de algunos miembros. Ellos entraban en la comunidad muy animados, pero después del entusiasmo inicial en las misiones, la dureza del trabajo y la falta de gratificaciones hacia con que desertasen del grupo. Estas salidas fomentaban un ambiente de inestabilidad que ponía en cuestión la actividad apostólica de la recién-nacida comunidad. Para poner remedio a este mal, el misionero sería invitado a hacer un cuarto voto, el de la estabilidad, a través del cual se comprometía a vivir para siempre en la Congregación de la Misión.

Después de un largo trabajo de clarificación de la naturaleza y la necesidad de los votos, mediante cartas y conferencias, Vicente solicita y recibe, en octubre de 1641, del arzobispo de Paris, la aprobación de los cuatro votos. Aun así, las dificultades y las dudas persistieron.

En asambleas de 1642 y de 1651, el tema fue abordado por los delegados y se buscó el mayor consenso posible. En la primera, se planteó si continuar o no la práctica según la aprobación del arzobispo y se optó por seguirla no obstante algunas contestaciones²⁴. Más tarde, en 1651, el relato de la asamblea es revelador de una fuerte tensión interna. Los asambleístas se manifestaran unos a favor y otros contra y, en respuesta a las dudas, como conclusión, Vicente repite sus razones: «1º porque es algo que une más perfectamente con Dios; 2º une a la Compañía y a sus sujetos, y no cuesta entonces enviar a una persona a más de 50 leguas de aquí para un seminario, o para que vaya a las Indias, etc. Nos hacen más conformes a Jesucristo y más capacitados para nuestras funciones. Hay más igualdad entre nosotros y más firmeza en los sujetos»²⁵. Algunos años después, en carta al Padre P. Blatiron, enviado a Roma para asesorar sobre la aprobación de los cuatro votos²⁶, Vicente presenta siete razones. Lo mencionamos, en resumen, por que reflejan el pensamiento maduro del santo y de ello podemos deducir

²³ MALONEY, R., «Como amigos que se aman profundamente. Reflexiones sobre la vida de comunidad ayer y hoy». *Vincentiana*, 4-5 (2000), p. 337.

²⁴ Cf. carta al P. Jolly, SVP, V, 435.

²⁵ SVP, X, 413.

²⁶ Cf. SVP, V, 295-302. El P. Blatiron defendía una posición que no coincidía con la de Vicente. Él tenía como modelo la Compañía de Jesús que mantenía una práctica diferenciada: solo los que desempeñaban cargos hacían los votos.

sus motivaciones. Vicente se da cuenta de la importancia del lenguaje de los votos como forma de dar vitalidad al cuerpo de la aún muy joven compañía. Aunque sean simples, ellos son el reconocimiento público de la expresión canónica de la consagración por parte del sujeto que los emite. Lo fundamenta del siguiente modo: 1. La Providencia quiere que los llamados estén en una situación agradable a Dios y, este estado de perfección es el que Nuestro Señor abrazó en la tierra y el que hizo abrazar a los apóstoles. 2. Las personas que emiten votos y se han entregado a Dios trabajan con mayor fidelidad en su labor espiritual y apostólica. 3. Es común la realización de promesas para que las personas permanezcan vinculadas a Dios y a causas diversas. Así ha sido desde el AT. 4. La sabiduría de Dios ha obrado de esta forma y ha inspirado este uso, por causa de la ligereza del espíritu humano que es poco constante en sus propósitos. 5. El superior general y los delegados reunidos en asamblea han aprobado esta práctica. 6. Ha sido fruto del discernimiento y de oración y, por eso, manifestación de la voluntad de Dios. 7. Ha sido la práctica durante trece años y no se puede cambiar por causa de una minoría que piensan de otra manera.

En suma, el proceso de la aprobación de los votos en la CM requirió mucho esfuerzo y determinación del santo que tuvo su recompensa, en 1655. Con el Breve *«Ex Commissa Nobis»*²⁷, el Papa Alejandro VII los aprobaba según la propuesta de Vicente ya previamente homologada por el arzobispo de París, en 1641. Fue necesario el máximo cuidado con su formulación para que la nueva Congregación no se quedase rehén de una legislación que todavía desconocía las formas que hoy clasificamos como Sociedades de Vida Apostólica. Vicente los considera como una «santa invención»²⁸ resultante de la acción de la divina providencia. Eran votos simples de pobreza, de castidad, de obediencia y de estabilidad en la Compañía, con el fin de dedicarse por toda la vida a la evangelización del pobre pueblo del campo. Los votos deberían ser emitidos al término del bienio de formación en el seminario, sin que nadie los acepte ni en nombre de la Congregación ni en el del papa y solo podrían ser dispensados de ellos por el papa y superior general. No obstante, la consagración por los votos, los miembros de la Congregación permanecían miembros del clero secular, «la religión de S. Pedro», y la Congregación estaba exenta de los Ordinarios, excepto respecto a las misiones.

4.1 Votos: la expresión de una consagración para la misión

En el tiempo del fundador el tema de los votos fue tierra fértil para múltiples preocupaciones. Obligó a reflexión, oración y, en ciertas situaciones, a tomar medidas más extremas como el alejamiento de los miembros que se resistían al proyecto por él presentado y apoyado por la mayoría²⁹. Los votos, como expresión de la consagración a Dios para la misión, son estructuradores de nuestra identidad como congregación. Ellos son la espina dorsal de una estructura ósea que son las reglas y constituciones. Emilio Cid en un estudio previo a las actuales constituciones afirma que los Consejos Evangélicos y los votos son una «materia muy importante y complicada»³⁰. Disertando sobre el tema, en finales de la década de 60, el padre A. Dodin pone el acento en dos cuestiones que

²⁷ SVP, X, 436-448.

²⁸ SVP, III, 224

²⁹ En una carta al P. Portail, Vicente comparte con el destinatario su reacción categórica y intransigente para con los contestatarios de los de los votos: «el que no estívese decidido a perseverar que se retirase». SVP, III, 223-224.

³⁰ CID, E., «La declaración sobre los consejos evangélicos e los votos». *Vincentiana*, 3(1976), pp. 101-115.

considera las fundamentales: «¿Cuál es la naturaleza del vínculo que une a los miembros de la Congregación?, ¿Es solo una promesa? Si es un voto ¿cuál es la naturaleza de este voto?»³¹. Pérez Flores, por su lado, los analiza sabiamente desde la perspectiva teológico-espiritual y la jurídico-canónica. El autor recuerda que, en la actualidad, el Código de Derecho Canónico, sitúa la CM en las denominadas Sociedades de Vida Apostólica. Ellas se asemejan a los Institutos de Vida Consagrada³² y su principal finalidad es apostólica³³. Han nacido simplemente de la voluntad de Dios Padre, bajo la inspiración del Espíritu Santo para dar continuidad a la misión del Hijo. Semejanza, subraya el autor, no significa identidad. Más aún: la no pertenencia a los Institutos de Vida Consagrada no significa que el misionero no sea un consagrado. A la preguntar si puede considerarse como consagrado al misionero paúl, la respuesta es categórica: sí porque en la Iglesia hay expresiones de vida consagrada que no siendo reconocidas canónicamente como Institutos de Vida Consagrada lo son en la práctica: «los misioneros teológicamente son personas consagradas, aunque canónicamente, no se los considere como tales»³⁴, concluye el Pe. Pérez Flores.

4.2 Más allá de las normas

La asamblea de 1969 se debruzó sobre el tema de la ambigüedad de ciertos presupuestos de la Congregación cuando uno de los asambleístas puso en evidencia unas contradicciones del fundador: por una parte, Vicente dijo que la Congregación no era una religión, pero, por otra, introdujo en las Reglas Comunes prácticas conventuales, como el capítulo de faltas, el silencio en el refectorio, el rezo del oficio común, etc. Más aún: S. Vicente fue consciente de la posible ambigüedad. En la carta que escribió al P. Rivet, el 28 de julio de 1658³⁵, le advierte que no convenía hablar de votos sino de virtudes, dado que las «personas del mundo podrían tomarlos como votos religiosos, y a pesar de que son simples y dispensables, y tenernos por religiosos, a pesar de que no lo somos»³⁶. ¿Podremos considerar esta opción fundamental iniciada por Vicente y continuada por tantos hombres como un camino ambiguo? ¿O sería antes un camino novedoso que tenía en cuenta las reales necesidades de la Iglesia de su tiempo y, por eso, ha suscitado la “invención atrevida”? Parafraseando el Evangelio, pienso que se puede decir que los nuevos problemas no pueden ser solucionados con viejos remiendos: para el vino nuevo hacen falta los odres nuevos. Por lo tanto, Vicente inauguró una nueva forma de consagración con el lenguaje de su época que sigue siendo, en su contenido fundamental, aceptado, actual y reconocido por la Iglesia. Por otra parte, me parece importante recordar

³¹ DODIN, A., «Los votos en la espiritualidad vicenciana», en AA. VV., *Vicente de Paúl, pervivencia de un Fundador*. Salamanca: CEME, 1972, p. 107.

³² El canon 731: «A los Institutos de Vida Consagrada, se asemejan las Sociedades de Vida Apostólica, cuyos miembros, sin votos religiosos, buscan el fin apostólico propio de la sociedad y, llevando una vida en común, según el propio modo de vida, aspiran a la perfección de la caridad por la observancia de las Constituciones». La expresión «se asemejan» es muy contestada por alumnos especialista porque no traduce el espíritu de la expresión original que sería más «al lado de».

³³ El Pe. Pérez Flores sintetiza en cuatro líneas las características de las Sociedades de Vida Apostólica. Son estas: a) La finalidad apostólica; b) La vida en común; c) Tender a la perfección de la caridad; d) Posible práctica de los consejos evangélicos, PÉREZ FLORES, M., *Revestirse...*, p. 228.

³⁴ *Ibidem*, p. 221.

³⁵ SVP, VII, 193.

³⁶ Texto citado por PÉREZ FLORES, M., *Revestirse...*, pp. 262-263. A. Elduayen se refiere a lo mismo cuando dice que «pareciera que la Congregación adolece de ambigüedad desde sus orígenes» y, en nota de rodapié, alarga esta apreciación nombrada algunas causas: nuestros muchos nombres, nuestros muchos fines, el no ser ni religiosos ni laicos, la naturaleza de nuestros votos. ELDUAYEN, A., «La identidad de la Congregación según los Artículos 1-9 de las Constituciones de 1980». *Vincentiana*, 4-5 (2000), p. 310.

que cuando entremos en la obsesión de definir jurídicamente una realidad que es llamada a ser manifestación del Espíritu de Dios para el mundo, las palabras, las expresiones y los raciocinios son siempre insuficientes e imperfectos. Las reglas ofrecen, a semejanza de un mapa, las pistas de orientación y demás líneas para ayudar al viajante en su jornada. El misionero Paúl es llamado a orientarse por estas líneas las cuales, según creemos, son también inspiradas por Dios. Gracias a ellas es posible actualizar en cada tiempo y lugar la Regla de la Misión, Jesucristo. La identificación con este modelo es el cumplimiento del espíritu de todas las reglas, incluyendo las que, por fragilidad humana, no se cumplen. A modo de conclusión, señalamos tres dimensiones que juzgamos caracterizar la consagración vicenciana misionera:

1. El ser: De la insuficiencia a la autenticidad

Envueltos en una cultura que privilegia el espectáculo y la apariencia, la eficacia y los datos estadísticos, es grande la presión para hacer cada vez más cosas. Muchas veces estamos tan preocupados con lo que hacemos o lo que debemos hacer, pero no siempre nos cuestionamos sobre la cualidad de nuestras acciones y si ellas son una consecuencia de nuestra configuración real con Cristo. Nos matamos trabajando, pero ¿las semillas que lanzamos a la tierra son las del reino de Dios?, ¿hay coherencia entre lo que somos y lo que hacemos?, ¿no padecemos de un activismo estéril que nos aleja de la dimensión contemplativa que pide más oración, estudio, reflexión, diálogo, interiorización, confrontación honesta entre lo que se sabe con lo que se hace? La crisis del ser es también una crisis de identidad, ¿no la padecemos hoy todavía? Hay que tener consciencia que ciertas formas de vida reducen nuestro ser, lo enfranquecen y dividen, lo corrompen y amollecen y, por veces sin nos darnos cuenta, somos casi nada como consagrados.

En el principio no era así. En el principio era el ser. El ser precede al hacer. La contemplación del Misterio está en la raíz del ministerio. El reto del ser inquietó a Vicente que procuró ser «*alter Christus*». La divina inquietud ha sido transmitida a los misioneros por medio de las reglas comunes. Por eso, entre los varios fines de la Congregación, el fundador señala la perfección personal: «1º En procurar la propia perfección, esforzándose por imitar las virtudes que este Soberano Maestro se dignó enseñarnos con sus palabras y ejemplos». Dedicarse a la propia perfección, en lenguaje de hoy, no significa dar cuerpo a un deseo narcisista de ser mejor que los demás. Se trata sobre todo de asumir las implicaciones de una llamada a la santidad, grabada en nosotros, de una vez para siempre, en el día de nuestra consagración bautismal, una consagración que ha sido profundizada por la emisión de los consejos evangélicos.

En primer lugar está el ser, que exige la transformación del que ha sido elegido por el Ser divino. Ser un hombre que remite hacia Dios en sus palabras y silencios, en sus gestos y en su quietud. Un ser que sea pleno de consciencia y de voluntad en cumplir la voluntad de Dios. El ser que no se esconde ni tiene vergüenza de decir cuál es su amor. Un ser que simplemente da testimonio por su existencia. En el lenguaje del fundador eso significa ser revestido del espíritu de Jesucristo para poder representarlo con sus rasgos³⁷, obrar siempre en conformidad con las máximas evangélicas y plasmar su ser con las potencias del alma de la Congregación, las cinco virtudes³⁸.

³⁷ Cf. SVP, XI, 383.

³⁸ Cf. RC, II, 14.

Por otra parte, el ser verdadero, coherente, ejerce una atracción irresistible³⁹. El ser auténtico es bello y, en la expresión atrevida de Dostoievski, «la humanidad puede vivir sin la ciencia, puede vivir sin pan, pero nunca podría vivir sin la belleza, porque ya no habría motivo para estar en el mundo. Todo el secreto está aquí, toda la historia está aquí». Nosotros hemos sido atraídos por la belleza del mensaje de Jesús y la contemplamos con la mirada de Vicente. Pero, con nuestros muchos quehaceres, ¿todavía tenemos tiempo para estar con el Creador bello? Y ¿Será que nuestras vidas de consagrados trasparecen la luminosidad bella del ser divino?, Tal vez nuestra forma de ser no despierte la actitud de sorpresa en los demás. Y sin belleza no hay verdadera misión. Todo se vuelve enfermo y pasajero.

2. La Misión: concretizando el «sueño misionero de llegar a todos» (EG, 31)

Los relatos evangélicos ponen de manifiesto que Jesús ha llamado a los apóstoles para «estar con Él». Él es el maestro que prepara a cada uno para después enviarlos a que hagan lo mismo que Él ha hecho: anunciar el Reino de Dios. Después de la resurrección, bajo el liderazgo de Pedro, Jesús les confía la misión de ir hasta los confines del mundo en misión. En la Iglesia, como recuerdan los documentos conciliares, «ya desde los orígenes hubo hombres y mujeres que se esforzaron por seguir con más libertad a Cristo por la práctica de los consejos evangélicos y, cada uno según su modo peculiar, llevaron una vida dedicada a Dios, muchos de los cuales, bajo la inspiración del Espíritu Santo, o vivieron en la soledad o erigieron familias religiosas a las cuales la Iglesia, con su autoridad, acogió y aprobó de buen grado»⁴⁰.

Como misioneros paúles sabemos que nuestro modo de seguir Jesús se realiza en la misión. Forma parte de nuestro ADN y hemos sido consagrados para la misión: «evangelizar a los pobres». Se entiende esta misión en un sentido dinámico. Así como Vicente en el siglo XVII alarga el campo de la misión y diversifica los modos de realización – zonas rurales, galeras, formación del clero, misiones *ad gentes*, etc. – nuestra misión se puede concretizar de múltiples modos: en una Parroquia o capellanía, en el Seminario o la universidad. Cambia el lenguaje, pero el espíritu misionero es siempre el mismo.

La consagración misionera remite al misterio de la encarnación: «el verbo puso su morada entre nosotros» (Jn 1,1) y ha asumido el rostro humano. La misión se caracteriza por un movimiento de salida, de descenso a la realidad, hasta los rincones del mundo. La participación en la misión del Hijo nos hace compartir la situación real y concreta de las gentes a las que somos llamados a evangelizar y por quien nos debemos dejar también evangelizar porque «ellos son nuestros maestros». La ruptura entre la forma de vida de los misioneros y la población donde se inserta la comunidad puede ser un contra testimonio que desacredita el anuncio. No olvidemos que la secularidad de la CM recuerda, por un lado, nuestra condición de clérigos que ejercen su actividad pastoral bajo la guía de los obispos y en comunión con los párrocos. Pero, por otra, evoca la vivencia del misterio de la encarnación. Si no estamos encarnados no podemos caminar, compartir el pan y vivir el Evangelio de los pobres. La «santa invención» que ha hecho de la CM

³⁹ El Papa Francisco profundiza el tema de la belleza en anuncio del Evangelio en el documento EG n. 167s: «Anunciar a Cristo significa mostrar que creer en Él y seguirlo no es sólo algo verdadero y justo, sino también bello, capaz de colmar la vida de un nuevo resplandor y de un gozo profundo, aun en medio de las pruebas. En esta línea, todas las expresiones de verdadera belleza pueden ser reconocidas como un sendero que ayuda a encontrarse con el Señor Jesús».

⁴⁰ Perfecta Caritatis, n. 1.

una especie de “anfibio canónico” ha sido con un propósito bien claro: la misión entre los últimos y olvidados. Si hoy, bajo el pontificado del Papa Francisco, la Iglesia es llamada a retomar un talente misionero, más aún lo tiene nuestra congregación por su «consagración peculiar» a la misión.

3. Vida en Común: «como amigos que se quieren bien»

En el tiempo del fundador había algunas semejanzas entre su fundación y la de los Padres del Oratorio. Coincidían en algunos fines pero se diferenciaban en los medios, sobre todo en lo que se refiere a la centralidad de la vida comunitaria. Con normas explicitadas para modelar la vida comunitaria, algunas de ellas, según señala P. Coste, coinciden casi a la letra con las Constituciones de la Compañía de Jesús (normas sobre la correspondencia, la lectura de la mesa, el silencio)⁴¹, Vicente tenía una clara intención de potenciar la comunidad en cuanto grupo que trabaja, como un solo cuerpo, regido por las mismas leyes y principios, para la misión. De este modo, la nueva Congregación se distanciaba del modelo comunitario inaugurado por su antiguo maestro, el cardenal P. Bérulle, que según se comentaba con ironía era «una decente posada» y no una comunidad⁴². Vicente fundamenta teológicamente el ideal de la comunidad en el misterio de la Trinidad a quienes los misioneros estaban llamados a «venerar de manera especialísima», como modelo de comunidad perfecta y uniforme⁴³. En resumen, la comunidad por un lado es el espacio de la concretización del sueño evangélico de los primeros cristianos que vivan con un «solo corazón y una alma» y, por otro, satisface las más profundas aspiraciones humanas, la necesidad de estar con el otro, mantener relaciones de amistad y confianza con sus semejantes. La comunidad como espacio de fraternidad potencia la realización personal y, en consecuencia, determina el empeño en la misión. Sin comunidad no se vive la misión.

Hoy, sin embargo, siguen siendo actuales las palabras del P. Pérez Flores cuando comentaba el tema: «uno de los grandes retos que hoy tiene la Congregación, (...) es la de la vida común y el del trabajo en común, cómo vivir de una manera eficiente y concorde los valores evangélicos de la castidad, pobreza y obediencia, cómo vivir al unísono el mismo celo (...) cómo estar disponible para los proyectos provinciales, cómo prepararse profesionalmente para desempeñar responsablemente lo que se le confía»⁴⁴. En una palabra: ¿cómo operacionalizar comunitariamente la evangelización? La amenaza que se da en nuestras comunidades es que ellas se vuelvan, en la expresión del antropólogo francés, M. Augé, un no-lugar, es decir, un territorio donde estamos de paso, pero sin llegar a vincularnos. Por contra, animados por el mismo carisma, compartiendo los mismos fines, nuestras comunidades son llamadas a ser espacios de vida donde se concretiza la «Iglesia de puertas abiertas». Abiertas no solo para una “salida en misión” sino también de entrada y acogida de lo novedoso, de lo disonante y de lo imprevisto porque el Evangelio así nos manda. En fin, ser más reflejo de Jesucristo para trabajar mejor, tanto personal como comunitariamente, entre los últimos, eso es vivir la consagración vicenciana misionera.

⁴¹ COSTE, Pierre, *El gran santo del gran siglo: El Señor Vicente*. Salamanca: CEME, t. II, 1990-1992; CORERA, J. - «Las Reglas o Constituciones Comunes de la Congregación de la Misión». In AA. VV., *Vicente de Paúl, la inspiración permanente*. Salamanca: CEME, 1982, p. 199.

⁴² SVP, X, 402.

⁴³ Cf. RC, X, 2; XI, 104-106 y, sobre todo, la conferencia del 23 de mayo de 1659 sobre la uniformidad, SVP, XI, 538-551.

⁴⁴ PÉREZ FLORES, «Identidad...», p. 10.

References:

- Abelly, L. 1994. *Vida del Venerable Siervo de Dios Vicente de Paúl, fundador y primer superior general de la Congregación de la Misión*. Salamanca: CEME.
- Alonso Rodríguez, Severino-María. 1998. «Consagración», en *Diccionario Teológico de la Vida Consagrada*. Madrid: Publicaciones Claretianas, 1998, 3ª ed., pp. 354-396.
- Braga, C. 2000. «Las Constituciones de la Congregación de la Misión. Notas históricas». *Vincentiana*, 4-5, pp. 291-308.
- Castillo, J. M. 2004. *El futuro de la vida consagrada*. Madrid: Ed. Trotta.
- CID, E. 1976. «La declaración sobre los consejos evangélicos e los votos». *Vincentiana*, 3(1976), pp. 101-115.
- Corera, J. 1982. «Las Reglas o Constituciones Comunes de la Congregación de la Misión». In AA. VV., *Vicente de Paúl, la inspiración permanente*. Salamanca: CEME, pp. 187-215.
- Coste, Pierre. 1990. *El gran santo del gran siglo: El Señor Vicente*. Salamanca: CEME, t. II, pp. 7s
- Dodin, A. 1972. «Espíritu de San Vicente, espíritu de la misión», en AA. VV., *Vicente de Paúl, pervivencia de un fundador*. Salamanca: CEME, 1972, pp. 77-86.
- Dodin, A. 1972. «Los votos en la espiritualidad vicenciana», en AA. VV., *Vicente de Paúl, pervivencia de un Fundador*. Salamanca: CEME, pp. 105-112.
- Elduayen, A. 2000. «La identidad de la Congregación según los Artículos 1-9 de las Constituciones de 1980». *Vincentiana*, 4-5 (2000), pp. 309-319.
- Lloret, M. 1995. «Consejos Evangélicos», en *Diccionario de Espiritualidad Vicenciana*. Salamanca: CEME, 1995, pp. 95-101.
- Lloret, M. 1995. «Votos», en *Diccionario de Espiritualidad Vicenciana*. Salamanca: CEME, 1995, pp. 617-622.
- Maloney, R. 2000. «Como amigos que se aman profundamente. Reflexiones sobre la vida de comunidad ayer y hoy». *Vincentiana*, 4-5 (2000), pp. 335-354.
- Maloney, R. 2000. *El camino de Vicente de Paúl. Una espiritualidad para estos tiempos al servicio de los pobres*. Salamanca: CEME, 2000.
- Mezzadri, Luigi. 1986. «Jésus-Christ, figure du Prête-missionnaire, dans l'œuvre de Monsieur Vincent». *Vincentiana*, 3-4 (1986), pp. 323-357.
- Mezzadri, Luigi. 2012. *San Vicente de Paúl, el santo de la caridad*. Salamanca: CEME.
- Pérez Flores, M. 1996. *Identidad de los ministerios de la Congregación de la Misión*.
- Pérez Flores, M. 1996. *Revestirse del espíritu de Cristo. Expresión de la identidad vicenciana*. Salamanca: CEME, 1996.
- Pujo, Bernard. 2003. *Vincent de Paul, the trailblazer*. Notre Dame: University of Notre Dame Press.

- Román Fuentes, José María. 1982. *San Vicente de Paúl: I Biografía*. Madrid: BAC, 1982, pp. 322-344.
- Zedde, I. 1995. Evangelización en *Diccionario de Espiritualidad Vicenciana*. Salamanca: CEME, 1995.